

SU EXCELENCIA EL GOBERNADOR

ME ha cuadrado asistir a una comida regional donde abundaban los políticos y poco después a una cena política donde predominaban los gastrónomos. Todo esto cae muy lejos de mi costumbre. Pero ya se sabe, Madrid es un caserío donde por menos de nada te ves presentando un libro o jurando el cargo de subsecretario. La definición pertenece a Cela de quien acaso hagamos hoja aparte. En cambio, sí puedo aportar mi propia, inédita experiencia sobre el consomé y la lubina en los aledaños del mando. Es la noche de la villa y corte, y ríanse ustedes de otras seducciones capitalinas. Vamos debidamente invitados, guardias otrora indiferentes nos hacen el saludo... Creo que a esto le llaman ahora la erótica del poder.

Cuando ordeno un poco tales recuerdos, advierto que lo principal de la fiesta ha estado en el antes, como tantas veces ocurre en el amor. La cena propiamente dicha resultó demasiado entonada y en la sobremesa se advertían algunos cansancios, pero el tiempo del aperitivo junto a la barra libre fue vibrante y entusiasta. Los comensales llegaban frescos, ávidos, expertos en hacerse cargo de la situación al primer contacto. En ver y ser vistos. Apenas se daban la mano, pero se abrazaban mucho. Y sobre todo, la consigna debía de ser palmearse las espaldas en un raro concierto de percusión. No llegué a librarme. El saludador era cordial pero poco fisonomista, porque me preguntó si todo iba bien para mí en lo de Teruel. Yo no conozco en Teruel más que a un señor de Caza y Pesca, pero tuve vergüenza de decírselo. Luego comprendí que me había visto cara de postulante.

Bueno, ahora me da por pensarlo, tampoco estaría mal ser gobernador civil (pues de gobernadores civiles estaba la noche) en la provincia de Teruel. O en Ciudad Real. O en Soria. Desde luego, en una demarcación modesta, donde la llegada de Su Excelencia a tomar posesión es un acontecimiento. Donde la vida ciudadana va a girar alrededor del nuevo personaje -y de la esposa del personaje; «la primera dama de la provincia»-, los ciudadanos atisbando su talante exterior, aprendiendo sus gustos, examinando su oratoria. Y donde, en fin, uno podría propiciar espléndidas semanas culturales para invitar a los amigos poetas, que son muchísimos, o a los poetas amigos, que ya no son tantos. Incluso semanas de medio mes. En 1940 se presentó a cierto congreso oficial un proyecto de tanda conmemorativa de algo, más o menos así: «Artículo 1º: «Esta semana constará de quince días». ¿Y por qué no? La autoridad es

la autoridad.

Pero son ganas de enredar, porque nadie he vuelto a preguntarme nada, Entonces voy y me consuelo con que así no tendré que escuchar «El sitio de Zaragoza». Los jerarcas provinciales tienen que pasar muchas veces por esta prueba, a la que son sometidos por rondallas tenaces, y también por conjuntos llamados de pulso y púa.

«Streaking» de lencería

Hace unos días me ha tocado un paréntesis fuera de España, justo cuando estalló en el mundo la moda de que la gente se desnude y eche a correr. Pensé que se me ocurrirían unas reflexiones publicables. Pero pronto caí en que el tema ya habrá sido planchado por el articulista severo y moralizador por el frívolo tirando a erótico, por el defensor de lo hispano como reserva espiritual de Occidente, y aun puede que hayan metido baza los economistas y hasta los tecnócratas. Hay temas que sólo con verlos nacer ya se les adivinan los flecos retóricos. Como hay fechas fijas en que uno cuenta con la consagración de la primavera (generalmente para oír que ha venido y nadie sabe cómo ha sido), con el regreso al hogar después de las vacaciones y un poco más tarde el asunto de la primera nevada. Sin olvidar la efeméride de la batalla de Lepanto.

Allá, pues, lo del «streaking». Salvo una brevísima aportación que no será para fustigarlo, sí para condenar la ridiculez que trae siempre el «quiero y no puedo». Pues en Vigo, cinco damiselas se han paseado al mediodía por la Gran Vía «con las ropas más cortas de las prendas íntimas de la mujer». Un quiero y no puedo de la mitad atrevidas y mitad pacatas mozuelas gallegas, pero también un quiero y no puedo de la agencia de noticias, llamando «ropa-más-cortas-de-las-prendas-íntimas-de-la-mujer» a lo que generalmente se dice la braga. Claro que en tiempos no muy lejanos, los censores tachaban esas palabras así.

«Cousas» de Camilo

Quienes andamos, más o menos, en el oficio de escribir, tenemos algo que aprender del escritor integral que se llama Camilo José Cela. Por ejemplo, y aparte el valor de su obra -que damos por reconocido y confesado-: la laboriosidad con que se aplica a las cuartillas; y luego, el buen orden para evitar que ninguna vaya a perderse.

Teniendo en cuenta la notoria exigencia de calidad que nuestro escritor tiene consigo mismo, cabe suponer cuántos folios y folios habrán pasado desde las manos

creadoras al montón de lo excluido sin apelación posible. Pero si un texto, quizá breve, incluso de motivación nimia, ha alcanzado la firma y cuño de la paternidad responsable, es casi seguro que lo veremos engarzado en el corpus de la obra celiana. Las palabras de presentación de un artista, las respuestas a un entrevistador, el brindis en una ocasión amistosa suele ser pronto capítulo sabroso en los Papeles de Son Armandáns, y puede que como mera antesala introductora a los honores del libro.

Cela es mucho Cela, y desde afuera es difícil sobrepasarlo. Nos atreveríamos a decir que su récord sólo él mismo podía batirlo. Ahora lo acaba de hacer publicando un discurso, pero no un discurso que haya pronunciado sino que pensaba pronunciar. Eso que ustedes saben, lo del Ateneo de Madrid.

Antonio PEREIRA